

RAMÓN PÉREZ DE AYALA: *Crónicas londinenses*, edición, introducción y notas de Agustín Coletes, Murcia, Secretariado de publicaciones de la Universidad, 1985 (180 páginas).

En una página fundamental de *Troteras y danzaderas*, que también lo es de la obra entera de su autor, Pérez de Ayala, ante el descubrimiento por parte de su «alter ego» de la función y cualidades del arte, escribe: «Consideraba, con intuición repentina, la diferencia que hay entre el Gran Arte [...] y el arte ruin y farisaico, torpe artificio, que no arte, y comprendía que la esencial diferencia era diferencia de concepción moral y no de técnica»<sup>1</sup>. Es obvio, para todo conocedor de la obra ayaliana, que ese aspecto técnico aludido no queda menospreciado y olvidado, pues sería fácil citar una serie de procedimientos constructivos y formales de un marcado carácter innovador que delata un conocimiento y preocupación por aquello que queda designado con tal concepto; pero es obvio también que toda su obra literaria tiene una finalidad fundamentalmente ética, lo que es solidario de su carácter didáctico. Ese didacticismo se produce de manera más inmediata en los escritos destinados a la prensa periódica, en forma de artículos, crónicas, críticas o breves ensayos, labor en la que Pérez de Ayala se derramó en denso caudal de ideas y propuestas, y que constituye la parte más extensa de su obra, tanto temporalmente como en el número de páginas. Si la novela quedó abandonada en 1928, y a la poesía recurre de manera eventual y privada, la colaboración con la prensa continuará hasta casi el momento de su muerte, habiendo sido asimismo su bautizo literario en los primeros años del siglo. El ensayismo ayaliano, vigoroso y magistral, está vinculado con la prensa como su primer vehículo de difusión.

Siendo este ensayismo la columna vertebral de su obra literaria, toda recuperación de textos olvidados en las páginas de añejos periódicos será un acontecimiento digno de señalar, como es el caso que nos ocupa. Con el título *Crónicas londinenses* recoge Agustín Coletes Blanco la serie de veinticinco artículos que fueron publicados en *ABC* durante los meses de enero a marzo de 1908, a los que añade «La viga y la paja», escrito para *El Imparcial* y publicado allí en agosto del año anterior, pero no incluido por José García Mercadal en el volumen *Tributo a Inglaterra*<sup>2</sup>, junto con los otros sesenta y siete artículos enviados al diario de los Gasset desde abril a noviembre de 1907. Son, desde luego, el primer resultado literario de esa estancia en la capital británica que concluiría cuando la trágica muerte de su padre (el once de febrero de 1908) le haga regresar a su ciudad natal; aunque su encuentro con la vida y cultura inglesas tendrá más amplias y duraderas repercusiones.

La admiración de Ramón Pérez de Ayala por la cultura inglesa es notoria; también es cierto que esa anglofilia no es incondicional, sino vigilada por el espíritu crítico habitual en el asturiano. Por lo pronto encuentra en la liberal Inglaterra de 1907 una extendida tolerancia, una decidida preocupación por los problemas educativos y sociales, unos partidos políticos con programas claros y definidos cuyos debates parlamentarios se centran sobre problemas económicos fundamentales, y, por encima de todo, una sociedad dotada de un «extraordinario poder [...] para modificarse sin violentas sacudidas, sin paroxismos sociales» (p. 90). Una sociedad que sabe reconocer a sus mejores individuos y que los valora justamente. Cualidades todas ellas que constituyen los temas centrales de su literatura, tanto ensayística como de creación: la tolerancia, la justicia, el elitismo intelectual...

Aunque es evidente la variedad temática de estas crónicas, abundan las de carácter político, que no son meramente informativas: muestran con claridad sus preferencias. Entre las semblanzas de los líderes destaca, por su tono admirativo, la de Lloyd George —que sería primer ministro por el partido liberal ocho años más tarde—, así como la del líder liberal

<sup>1</sup> RAMÓN PÉREZ DE AYALA, *Troteras y danzaderas*, edición de Andrés Amorós. Madrid: Ed. Castalia, 1973, p. 162.

<sup>2</sup> Ramón Pérez de Ayala, *Tributo a Inglaterra*. Madrid: Ed. Aguilar, 1963.

Campbell-Bannerman, hombre de aspecto vulgar pero en el que se advierte «el encanto de la hombría de bien» (pág. 71). Con respeto y admiración esta vista también la figura de Arthur James Balfour, jefe del partido conservador, cuya «deplorable cualidad» (para ser buen político) es la de ser demasiado inteligente, pues «la intelificencia sutil conduce al escepticismo, afloja los resortes de la voluntad» (pág. 84). Con más distancia está contemplado el líder laborista John Elliot Burns, y desde luego con ninguna simpatía Keir Hardie, a quien califica de jefe «de la extrema izquierda del socialismo inglés» (pág. 159). Incomprensión y una ironía a la que hay que calificar de cruel muestra hacia el movimiento de las sufragistas en un par de artículos que ciertamente hieren las sensibilidades actuales, con títulos harto elocuentes («Las bravías», p. ej.). En otras ocasiones las crónicas de asunto político están dedicadas a dar cuenta de actuaciones concretas del gobierno en temas económicos o de educación, y a informar acerca de las características del parlamento y de los partidos («Acercas de pedagogía», «La evolución de los partidos», «Simiente de progreso», «Política paniega...»); crónicas en las que, sobre la información que proporcionan, alientan unas propuestas al lector español mostrándole como horizontes deseables el paisaje moral y político que el cronista advierte a su alrededor.

El carácter fundamentalmente didáctico de estas crónicas queda ya apuntado en la que abre la serie (17-I-1908) titulada «Antes de empezar»: supone una declaración de intenciones donde se aúna la llamada a la voluntad individual de reforma y mejora — la aspiración ética que constituye el eje central de su labor literaria— con la voluntad de universalidad necesaria para la regeneración de este «país-ostrácodo», que todavía muchos años después quedará representado en ese estrecho Valle del Congosto, escenario y protagonista al tiempo de *El ombligo del mundo*. Aquí esta el meollo intencional de la escritura ayaliana y de su propia actuación personal, expresado con juvenil entusiasmo: «Labore cada español en su yunque y miremos todos hacia lo venidero, hacia la aurora» (pág. 50).

Señala Agustín Coletes en su introducción que los asuntos más tratados en estas crónicas son los que hacen referencia a la política y a la idiosincrasia del pueblo inglés. El segundo aspecto está omnipresente, y, exceptuando algunas páginas irónicas, el saldo es tremendamente positivo. La sociedad británica sabe rendir culto a sus mejores hombres («El culto al héroe») y sabe reconocer el trabajo bien hecho. El escritor asturiano llega a generalizar, otorgando al carácter inglés cualidades de vitalidad ascendente: «un inglés, antes que nada, es una voluntad revestida de músculos» (pág. 95); e incluso en el relato «Un siglo» —resumen de toda una vida— viene a trazar la semblanza del obrero ideal, que con su vida de abnegación, constancia y amor, engrandece a su patria. Frente a esto, las páginas irónicas no pasan de ser irrelevantes frivolidades curiosas («Una reunión», «El libro carmesí del marrano»...).

No carece la colección de páginas lírico-descriptivas sobre el motivo —inevitable— de la niebla («La plaga de las tinieblas»), o de la referencia a algún acoantecimiento relacionado con España («Martin Hume. El conde-duque. El resorte central» o «Música española»); pero lo que predomina, sea cual fuere el motivo, es el ensayo tendente a educar la sensibilidad del lector español y dotarlo de aptitudes para una convivencia civilizada y fecunda.

Esta serie de veintiseis crónicas viene precedida por una excelente introducción del recopilador, Agustín Coletes Blanco, de quien ya conocíamos su libro *Gran Bretaña y los Estados Unidos en la vida de Ramón Pérez de Ayala*<sup>3</sup> una de las aportaciones fundamentales en los estudios ayalianos. Consta dicha introducción de seis apartados en los que nos da cuenta de los primeros contactos de Ayala con lo inglés y de los preliminares de su viaje, de la situación de Gran Bretaña en los años de estancia del escritor, de sus andanzas y relaciones londinenses, del carácter de las crónicas, y de la profunda huella que lo inglés imprime en su litera-

<sup>3</sup> Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1984.

tura. Las notas estrictamente precisas para entender los textos —lo que es de agradecer— y una ajustada bibliografía completan el libro. Estamos, pues, ante una muy interesante recopilación de textos que nos sitúa ya en el centro de las preocupaciones del Pérez de Ayala de madurez, y que pone a nuestra disposición, en nuevas páginas, una de las prosas más perfectas de la literatura española.

MIGUEL ANGEL LOZANO